

Serafin Delmar

Imagen del tiempo



ELLOS jugaban con la sombra perfumada de la plaza. El sol, como si fuera lágrima de un naranjo, colgaba cerca humedeciendo la garganta de las tuyas. Ellas, mirando el filo de una estrella en el cielo morado, con su canto querían hacer dormir a la tarde. Y la tarde, meciéndose en el paisaje, parecía abrir los ojos frente a las flores y al viento que traía recuerdos de todos los besos.

Jugaban. La risa de los muchachos, como la de todos los niños pobres, era tintinear de cuchillos fríos. De pronto, levantaron la cara y se dieron cuenta que por una de las esquinas de la plaza entraba un hombre cargando un ataúd color nube. El era magro, de ojos tristes y oprimidos, llorándole el vestido en el cuerpo. Tras él, un niño seguía sus pasos, con la cabeza descubierta y los pies desnudos. Llegaron como pisando una golondrina de penas al pie de un frondoso naranjo, que ocultaba en media plaza la sangre del cielo, y el hombre bajó el ataúd con contrita solicitud y lo puso al suelo como si se tratara de su propio cora-

zón. Sentóse y miró el camino. Y el camino era largo y sombrío, como un pez tiritante en la arena. Se paró y abrazó el ataúd para ponérselo al hombro; ¡ay! se dobló al peso de la caja, sin acordarse que adentro iba su mujer. Al ver, saltó el niño y ayudó a levantarlo, juntando su carita al madero, como cuando pequeño hacía con la madre que le protegía de los halcones, y ella le ponía en la boca su pecho dormido. Mas parecía que el ataúd se quería quedar ya, como negándose a llegar al cementerio del pueblo, donde ni árboles hay para que puedan cantar los pajarillos.

Aquellos muchachos de ojos azorados y sin alegría, viendo al hombre luchar con el ataúd, soltaron una carcajada inexplicable. Cuando la caja tétricamente cayó, sin que los brazos del hombre pudieran evitarlo, dos de ellos se revolcaron de risa. Sólo uno, Tacma, se puso pálido y tuvo un impulso de socorrerlos. Quiso gritar; pero se contuvo a la burla de sus compañeros.

El hombre hizo un esfuerzo y cargó el ataúd. Verlos caminar y un llanto extraño cubrió la cara de Tacma. El habría querido correr para pedirles perdón, si no hubiera sido por sus compañeros que se burlaban con tosca crueldad.

Tacma nunca se perdonó, que teniendo ojos y corazón hubiera consentido que sus otros compañeros se rieran de un hombre que hacía lo que no sería dulce para otros. Se reprochaba exprimiéndose sin piedad el corazón, donde había una pena de espinas. Se diría

que el hombre y el niño estaban en sus ojos, helándolo. ¡Ay, como la sombra hace doler los pasos!

Años más, Tacma, viendo que un cernícalo bajó como saeta del cielo y se prendió con fiereza de una paloma azul que bebía en un pequeño pantano, su corazón le recordó lo que había hecho con el hombre del ataúd. Mas no pensó llorar y lloró, no viendo que la palomita se contraía en las garras filudas del cernícalo, sino cuando un grupo de zoñas, como por encanto se presentaron, arremetiendo a picotazos contra el cernícalo, hasta que éste huyó dejando a su presa sin saber qué hacer, viendo en el agua asustada, que sus ojos lloraban. Las zoñas daban vueltas y vueltas hasta que la paloma se rehizo y emprendió el vuelo, y tras de ella iban las libertadoras como custodiándola, hasta que, cuando estuvo lejos la dejaron sola. ¡Había que ver el regreso de las zoñas, alegres, como si hubieran descubierto un mundo digno, donde ellas pudieran vivir!

* * *

Una idea fija le perseguía a Tacma, y soñó que las zoñas le picoteaban los ojos, como si realmente fuera una iguana. Ellas hablaban mucho, pero sólo pudo escucharles: «¡Cómo puede ser puro un hombre que a otro hombre no ayuda! Envilece el egoísmo; y si la acción del hombre no refleja sus sentimientos, peligroso es para la sociedad como un esclavo impenitente».

Despertó y vergüenza tuvo de que todavía su corazón le latiera.

* * * *

El tiempo puso su óxido y todo entró al olvido. Un día, cruzando el arenal de Nómala, sintió que el sol se derretía en el viento y que las piedras reflejaban fuego. Todo ardía: el viento, la arena, el cielo, él mismo se quemaba desde las entrañas y pidió agua con agónica desesperación. Todo era arena, todo era cielo en llamas. Agua buscaban sus ojos; agua buscaba el caballo que cabalgaba, con tal angustia, que sus cascos humeaban.

A Tacma la muerte le salía de las entrañas, le mordía el corazón, le arañaba la garganta, y pequeños cuchillos de fuego le rajaban los labios y la lengua. ¡Y cómo le dolía la lengua calcinada y sin humedad! Se caía del caballo y arañaba la arena, subía y caía, subía y caía. Y la arena no era tan triste.

Cuando él creía morir y el corazón gritaba dentro: ¡agua, agua! columbró en el lejano horizonte pequeños arbustos y una que otra choza. Llegó y cayó de bruces al suelo, sin voluntad, sin sentido. Y junto a él, cayó el caballo; quiso gritar y murió. De la choza salió una mujer de cara y manos quemadas y al ver que en el suelo se retorció un hombre, trajo agua y le frotó la frente. El, poco a poco, reaccionó con la frescura del líquido y el aliento de la mujer, pero no pudo ar-



particular palabra alguna y con señas le pidió agua. Ella le alcanzó un potillo de chicha, y él con qué desesperación se llevó a la boca. Poder pasar un sorbo, ¡imposible! Entonces lloró como un niño. No podía hablar y sólo miraba. Hablaban sus ojos, suspiros de nieve. Era la muerte silenciosa, silenciosa que le iba cerrando la respiración. La mujer le trajo leche y la leche era tan azul, tan buena; pero él no pudo pasarla, las paredes de su garganta se habían pegado y la lengua agrietada se iba gangrenando. Pensó un momento la buena mujer y al instante le alcanzó una olla de leche hervida, y el vapor dulce fué humedeciéndole los labios, la lengua, la garganta, y al fin pudo pasar unas gotas y la vida regresó pintando su paisaje en los ojos. Cierto es que la mujer, negra por el sol, rió de alegría; y como si el hombre fuera su hijo, le limpió las lágrimas.

* * *

—Adiós—dijo el hombre y preguntó:—¿Dónde está el viento frío?

—Señor—respondió la mujer—el viento frío sale cuando la luna llora.

—¿Y cuándo la luna llora?—volvió a preguntar el hombre.

—¿Y cuándo el viento es frío en los arenales?—fué la respuesta.

—¡Oh, mujer! ¿dónde está el agua fresca?

—Señor, está en los ojos del viento que se han quemado en los arenales.

—¡Ay! Sin viento fresco y agua dulce ¿cómo puede caminar en los ardientes arenales?

—Sin viento y sin agua estamos las muertas; sin viento y sin agua se secó el olor de nuestras sonrisas que hacían cantar a las estrellas.

—¡Dios mío, la muerte con su aliento de cobre!

—Ella no tiene ojos para acariciar las flores; ella no tiene labios para besar a sus hijos; ella no tiene senos para que el cielo se alegre; ella sólo tiene la noche negra en sus ojos.

—¿Quién sois para hablarme con la tristeza del mundo? ¡Apartaos!

—Señor, yo soy el alma de aquella mujer que descansó debajo del naranjo.

Tacma tuvo un instante de lucidez: vió su vida entera y en todas partes estuvo, suspiró y se hizo la noche.

Lima, 1938.